

Hubo una vez en Requena un gran campo de vides que burlaba su destino. Cada año, tras la cosecha, sus enormes racimos de uvas tomaban la senda prohibida y acababan machacadas en enormes tinajas donde se maceraban poco a poco dando forma al caldo que da vida al moribundo y alegría al deprimido. El rey de Valencia, personaje falto de humanidad, (¡pues no conocía el vino!), había oído hablar de él y de sus mágicas propiedades, pero como su religión prohibía mojar sus paladares con el mágico líquido, quiso que nadie más lo hiciera. Por ello, llamó al Caballero de la Media Luna y le ordenó:

“Quiero que vengas con cien tinajas rotas oliendo a vino y alguna cabeza cortada de los productores de ese brebaje maldito”

Mientras tanto, la preocupación de una familia mozárabe estaba creciendo hasta llegar a términos muy dolorosos. El destino solo les había dado una hija, problema inédito en la stirpe familiar, donde en alguna ocasión se habían desatado pugnas de sangre entre los posibles herederos del oculto arte del vino. El problema era, como habrán imaginado, muy simple. Según la tradición familiar, el vino era cosa de hombres, y cada uno de los pasos de la producción debía pasar por los labios del patriarca familiar, que empezaba a enseñar al heredero todos los secretos de su mundo cuando cumplía los veinte años. La Dama Sol, como llamaban a su hija, ya iba por los diecinueve y mostraba tanta belleza en su cuerpo como osadía al reclamar a su padre su derecho a seguir con la tradición familiar, a pesar de ser doncella y no caballero. De hecho, su padre había llegado a pensar en castigar su rebeldía dando el relevo a uno de sus bastardos que trabajaba con gran dedicación en el cuidado de los campos de vid.

Así estaban las cosas cuando el Caballero de la Media Luna llegó a la ciudad, donde tomó posada y constató, apenas pasada una semana, que no encontraría aliado que le llevara al tesoro, tan guardado como estaba el secreto del vino de Requena. Un domingo, al salir a pasear a los montes de las afueras, se topó con la dama Sol que, rodeada de un séquito de doncellas y guardianes, había salido a oscurecer un poco su pálida tez después de un invierno especialmente adverso que la había dejado encerrada en sus aposentos. Y, sinceramente, nunca dos pares de ojos habían sentido una atracción fatal como la que apareció cuando se encontraron. La cara de la dama se ruborizó y la mente del valiente caballero borró al instante todas las mujeres que había conocido hasta la fecha, pues no resistían ni media comparación ante tan hermosa doncella. Había nacido un problema o, tal vez, una solución.

Al día siguiente, nada más romper el alba, el Caballero de la Media Luna salió de viaje para contarle a su rey que necesitaba tiempo para resolver aquel asunto, más no le dijo que el tiempo lo quería para enamorar a una dama que, para mayor escarnio, era hija de aquel cuya cabeza ansiaba tener en sus manos. Por otro lado, la Dama Sol mandó a sus sirvientes a buscar al caballero pero no pudieron encontrarlo. Sintióse triste y sola como nunca en la vida, más su consejera y amiga del alma, doña María, poco a poco la convenció de que tal vez un caballero infiel no fuera lo más apropiado para entregar su corazón ni, por supuesto, su cuerpo. Por momentos se apaciguó su rebeldía y se sintió señora del vino, al ver que su padre, esquivo desde meses atrás, le entregaba todo su cariño, por lo que pensó que tal vez se hubiera convencido de convertirla en la primera heredera de la familia. Más no era sí, pues su padre había sido advertido por María de los complicados y caprichosos caminos que había estado a punto de tomar el corazón de la dama y quería tratarla bien para que se quitara las malas ideas de la cabeza.

El Caballero de la Media Luna volvió a los pocos días y se encontró con un sólido muro. Cuanto más intentaba contactar con la dueña de sus anhelos, más lejos se sentía. Dama Sol, encerrada en su habitación, se debatía entre ser dama de vino o dama de media luna, pues claro veía que solo cabía una u otra elección, las dos malas, y sabía que cuando se parte el corazón empieza la muerte y nada más lejos de su deseo era enterrarse en vida en medio del dolor. Al final, jugando con fuego y con gran sigilo y secretismo, mandó llamar al caballero que, enfermo de amor, acudió al instante, y le dijo:

“No probaréis mis labios sin antes probar el vino”

“Vos sabéis que mi credo lo prohíbe, no hagáis que mi dios maldiga mis pasos”

“También mi credo me prohíbe entregarme a ti, oh, caballero, y mi padre podría matarme, pero creo que lo justo es que cada uno de nosotros conceda al otro lo que a nadie más daríamos”

“Sí, mi amada doncella, probaré este licor que, al fin y al cabo, goza de una fama tan elevada por alguna razón que espero conocer cuando llegue a mi paladar”

Y sacó la dama una botella robada a su padre en una noche de luna llena. Y probaron, él y ella, por primera vez el placer del vino, y embriagados rieron y se hicieron promesas de amor. Y también probaron, ella por primera vez; él, aunque lo jurara, no; los placeres del amor. Pronto todos conocieron la buena nueva y nadie pudo oponerse a lo que dos corazones jóvenes demandaban. No hubo problemas de cultura ni de razón, y a los nueve meses ya había dos generaciones de herederos dispuestos a madurar el mejor vino de la región que, poco tiempo después, dejó de ser clandestino. El vino fue amor y el amor fue vino, y la leyenda se fue extendiendo a la vez que en todo el Mediterráneo pobres y ricos saboreaban ese caldo que una vez estuvo escondido. Nunca más lo estará.